

VIAJES Y CIUDADES MÍTICAS

Álvaro Baraibar y Martina Vinatea Recoba (eds.)



Baraibar, Álvaro y Martina Vinatea Recoba (eds.), *Viajes y ciudades míticas*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2015. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 31 / Publicaciones Digitales del GRISO.

EDITA:

Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.



Esta colección se rige por una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).

ISBN: 978-84-8081-462-1.

BUENOS AIRES:
DE LA CIUDAD DE CARNEY HUESO A LA
MISTERIOSA BUENOS AIRES DE MANUEL MUJICA LÁINEZ¹

David Choin
Universidad Técnica Particular de Loja (Ecuador)

En un artículo que escribí hace dos años para la revista *Mitologías Hoy*², afirmaba que *Misteriosa Buenos Aires* es una crónica novelada compuesta por cuarenta y dos capítulos que narra la intrahistoria de la capital argentina iniciando con su primera fundación en 1536 y concluyéndola a inicios del siglo xx, 1904 para ser exacto. En dicho artículo examinaba algunos de los mitos y leyendas que permitieron a Buenos Aires vincularse con las grandes ciudades de la historia.

El presente artículo es el contrapunto de aquel: el objetivo es descubrir la capital porteña teniendo en cuenta la confluencia de la historia, la literatura, la arquitectura y la antropología para conducirla al reducido círculo de las ciudades reales pero a la vez míticas por haber sido escritas, inventadas, deseadas y hasta fantaseadas.

¹ Manuel Mujica Láinez nace el 11 de septiembre de 1910 en Buenos Aires. Será el primogénito de una familia patricia que formaba parte de la entonces clase dirigente del país. Fue periodista, crítico de arte, poeta, escritor y traductor. Mujica Láinez es conocido por sus novelas históricas (*El unicornio*, *Bomarzo*) y sus libros de cuentos sobre San Isidro (*Aquí vivieron*) y Buenos Aires (*Misteriosa Buenos Aires*). Amigo de las letras y de las artes, el polifacético intelectual argentino falleció en 1984 en El Paraíso (Córdoba, Argentina).

² Choin, 2012.

La inversión total de valores que se perfila entre los cuentos fechados antes y después del siglo xvii es el vector que permite evidenciar el proceso genuino de construcción de la identidad argentina ideado por Manuel Mujica Láinez, proceso basado en la asociación de la imaginación y de datos históricos fehacientes encontrados en documentos de la época. Por tanto, les propongo en las siguientes líneas un recorrido de tres siglos por las crónicas noveladas de Manuel Mujica Láinez.

Es indudable, y aún más teniendo en cuenta el panorama histórico argentino de la época, que la visión de la historia que dominaba dependía, en gran parte, de las ideas políticas. En *Misteriosa Buenos Aires*, Manuel Mujica Láinez procura recordar la identidad colectiva vigente hasta el primer centenario de la Independencia (1910), la misma que se vio amenazada por un proceso de cambio que se aceleraba sin cesar. Es decir que no nos encontramos con una propuesta nueva sino con un proyecto orientado a curar los males de la memoria característicos de los argentinos. El pasado es un ente que nunca muere sino que, dormido, está a la espera de que un alma benevolente digno despertarlo para que precise el presente. Por tanto, la vuelta al pasado de la ciudad es el punto de anclaje del escritor argentino para defender su identidad, que es la de su clase social y la que, según él, fundó el país. Recordemos que la identidad es una cadena inestable de relaciones entre la familia, la ciudad, la provincia, la región y la nación. Por consiguiente, Manuel Mujica Láinez parte del segundo centro integrador para llegar a la unidad mayor de significación identitaria, la nación.

Señalados estos puntos, mi propuesta es que la ciudad mitificada de Manuel Mujica Láinez participa de la reconstrucción identitaria del país marcado por la Década Infame y la primera presidencia peronista. Se unen, por tanto, los enfoques urbanos, literarios y mitológicos con el afán de solucionar arraigadas preocupaciones ontológicas puesto que como señaló Bruno Groppo:

La identidad no es una esencia inmutable, determinada de una vez y para siempre, que se transmite idéntica de una generación a otra, sino una construcción social y cultural; dicho de otro modo, el producto de un proceso histórico que se apoya sobre la memoria y que, como la memoria, funciona dentro de ciertos marcos sociales³.

³ Groppo, 2002, p. 190.

Siendo la ciudad el centro de nuestra investigación, conviene aquí introducir el concepto de ‘imaginario urbano’ acuñado por Armando Silva⁴. Para el filósofo colombiano, el único modo de intuir la ciudad subjetiva que cada ciudadano lleva en sí es, justamente, conocer sus expresiones, maneras de ser y desplazarse, esto es, encontrar y entender las relaciones existentes entre los ciudadanos y la ciudad. Así, los mitos, fábulas, historias, leyendas y rumores incorporados por Mujica Láinez a su *Misteriosa Buenos Aires* describen la ciudad singularizándola de tal manera que identifica a cada uno de los ciudadanos.

Retomando la línea inicial, el viaje por las crónicas noveladas de Manuel Mujica Láinez integradas en *Misteriosa Buenos Aires*, cabe destacar que hay un equilibrio casi perfecto entre los veintisiete cuentos que nos llevan a la independencia argentina. En efecto, catorce relatos están dedicados a la fundación y colonización de Buenos Aires y los otros trece cuentos permiten vislumbrar los primeros esbozos de la identidad argentina. La idea que quiero desarrollar es la siguiente: los catorce primeros cuentos no representan sino valores negativos, males, vicios y defectos. Me refiero al período 1536-1699 que cubren los cuentos «El hambre» hasta «El embrujo del rey», mientras que en los que van desde «La ciudad encantada 1709» hasta «La casa cerrada 1807», Mujica Láinez presenta una serie de cuentos programáticos de argentinización en los que «el discurso histórico y el recurso al pasado son centrales»⁵.

LA CIUDAD DE CARNE Y HUESO

Como ya he mencionado, hasta el momento de desarrollar los rasgos identitarios argentinos, los primeros catorce cuentos representan valores negativos: el hambre devastadora de las tropas españolas del adelantado Pedro de Mendoza en la primera fundación de Buenos Aires (1536); el testimonio del primer poeta de la ciudad (Luis de Miranda) sobre la progresiva decadencia de las costumbres de los pobladores que quieren olvidar las grandes hazañas llevadas a cabo dos años antes, cediendo a la lujuria y al vicio en «El primer poeta 1538»; el abandono de la ciudad decretado por Domingo de Irala y su consecuente destrucción por los indígenas en 1541 en «La Sirena»; la soledad de Ana Díaz en la ciudad enclavada en la pampa donde los esfuerzos y sacrificios realizados du-

⁴ Silva, 2004.

⁵ Quattrocchi-Woison, 1998, p. 40.

rante la segunda fundación de Buenos Aires (1580) pasan desapercibidos cuando llegan a la ciudad las primeras mestizas de Asunción en «La fundadora»; el confinamiento de un joven inglés en las cárceles del Santo Oficio por su condición de hereje en «La enamorada del pequeño dragón 1584»; el contrabando en «El libro 1605»; el desinterés por la educación en pro de la hacienda y la lujuria en «Las ropas del maestro 1608»; las pasiones violentas en «Los pelícanos de plata 1618»; el adulterio en «El espejo desordenado 1643»; la locura del gobernador de la ciudad, don Jacinto de Lariz, vejando constantemente al obispado y vecindario bonaerense en «Las reverencias 1648»; el ataque de los franceses a Buenos Aires en «Toinette 1658»; la demencia de un portugués dedicado a la talla de imágenes humanas, tras las lecciones acerca de la existencia del alma que soportó durante su encarcelamiento en Lima en el cuento «El imaginero 1679»; la magia negra, en «El arzobispo de Samos 1694», que causa la muerte del paje espía y, finalmente, la miseria de unos marginales sopistas que pretenden, a cambio de un gesto económico y del reconocimiento real, conjurar el supuesto hechizo de Carlos II en «El embrujo del rey 1699».

En el transcurso de estos años, casi dos siglos, Buenos Aires se caracteriza por su inhospitalidad, empezando por esta descripción de 1536: «De tanto en tanto, un soplo de aire helado, al colarse en las casucas de barro y paja, trae con él los alaridos y los cantos de guerra. Y en seguida recommienza la lluvia de flechas incendiarias cuyos cometas iluminan el paisaje desnudo»⁶. Medio siglo más tarde, Buenos Aires sigue igual: «Extiéndese alrededor de la chatura de Buenos Aires, con unas contadas casucas, con unas huertas con algún árbol asomado sobre las tapias»⁷. Las cosas no mejoran; Buenos no se desarrolla. Más adelante, a mediados del siglo XVII, Buenos Aires no es nada más que «una aldea, apenas una aldea diminuta»⁸ conformada por cuatrocientas casas de barro, sin muro, sin foso, ni más baluarte que un fuerte pequeño. Detrás en la llanura, «apiñábanse los patios y las huertas»⁹. Finalmente, en las postrimerías del siglo XVII, el enano sopista protagonista del cuento «El embrujo del rey 1699» dice de la ciudad: «desgraciado puerto de Santa María de los

⁶ Mujica Láínez, 1951, p. 3.

⁷ Mujica Láínez, 1951, p. 44.

⁸ Mujica Láínez, 1951, p. 85.

⁹ Mujica Láínez, 1951, p. 88.

Buenos Aires, donde ni es bueno el aire ni María nos alivia con el dulzor de su sonreír»¹⁰.

En esta primera etapa de ciento ochenta años Buenos Aires no pasa de ser una 'aldeucha' descuidada y sin interés para la corona española. El sueño americano creado por los relatos de marineros y quienes habían realizado tan anhelado viaje, se desvaneció rápidamente. Su entusiasmo se mudó pronto en desilusión al llegar a la ciudad, que era en realidad un pueblo abandonado a la merced de los despiadados e improvisos ataques de los indios querandíes y de los piratas. En una conferencia leída en 1536 Manuel Mujica Láinez definía el Buenos Aires del siglo xvii con estas palabras:

Buenos Aires es diminuto y humilde, anterior a la palaciega ceremonia de los virreyes y posterior al ademán soberbio y a la sonrisa triste de los conquistadores. Tiene un encanto singular de aldehuela americana con pujos de centro colonial, en cuyos perfiles es dado [a] reconocer como un germen, como un atisbo, como una esperanza de su compleja personalidad futura. No era un villorrio pintoresco. No era tampoco hermoso¹¹.

Iniciado el siglo xviii, Buenos Aires ya no es una población despreciable; poco a poco su aspecto va cambiando. Así, con la presencia de los industriales ingleses, la urbe conoce sus primeras casas de vastos pisos. Con ellos, la toponimia de Buenos Aires cambia como lo señala el narrador en el cuento «La pulsera de cascabeles 1720»: «El edificio de la factoría comienza a fundirse con las sombras. Se levanta en las afueras de la ciudad, entre enhiestos tunales, en un solar que se extiende con más de mil varas de frente, sobre el río, y una legua de fondo, hacia la llanura»¹².

Este desarrollo urbanístico de Buenos Aires es indisoluble del invento de un religioso que, con motivo de fabricar una iglesia, encontró la manera de hacer y cocer ladrillos. Pocos años atrás todas estaban hechas de tierra y la mayor parte cubiertas de paja; pero después del descubrimiento del hermano, casi todos edifican sus casas con ladrillo y cal, y hasta empiezan a construir algunas de dos pisos. En 1761, Cacambo, un personaje del *Cándido* de Voltaire, dice que la vida en Buenos Aires es ajetreada; en 1785, con el cuento «El Sucesor», descubrimos las

¹⁰ Mujica Láinez, 1951, p. 106.

¹¹ Mujica Láinez, 1936, pp. 439-440.

¹² Mujica Láinez, 1951, p. 87.

características del Buenos Aires antiguo: sus muros blancos, tejas rojas y los floridos patios con glicinas que halagan el ojo. En el cuento siguiente se nos ofrece una descripción de Buenos Aires a vista de pájaro: «Y Buenos Aires se acerca más y más, con sus cúpulas, sus sauces, sus tapias y sus caminos melancólicos, como se la ve en las estampas de Fernando Brambilla y de los pintores que vinieron en la expedición de Alejandro Malaspina, el capitán»¹³.

En la segunda serie de cuentos, Buenos Aires dormita, se despereza, ríe, se atufa, canta y llora; piensa; vive. La ciudad es diminuta y humilde pero ya aparecen en su seno los designios de grandeza. Los valores se invierten y Buenos Aires vence a sus demonios. En «La pulsera de casca-beles 1720», Bingo, un esclavo negro que quiere vengarse de la muerte de su hermana, decide matar al tirano ciego que diariamente lo humilla a él y a todos sus compañeros llevándolo a la fosa que han cavado para enterrar a sus compatriotas muertos de peste; en «El patio iluminado 1725», una madre hace detener a su hijo contrabandista; en «La moji-ganga 1753», Antón, el recién nombrado verdugo de Buenos Aires, es ajusticiado por sus compatriotas en pleno carnaval.

En palabras de la crítica argentina María del Carmen Tacconi el motivo mítico de los prestigios del origen se ofrece en versión trágica en «La víbora 1780» para simbolizar que el entramado administrativo español ya no tiene cabida en Buenos Aires. Efectivamente, Juan Joseph, un militar retirado y maestro de campo aspirante a la Orden de Alcántara termina tirando la ejecutoria en el pozo aledaño, renunciado así a la orden militar española para disfrutar de sus últimos años de vida en paz y tranquilidad en su amada ciudad; en el cuento «El sucesor 1785» se reniega de la lujuria y al compulsivo deseo erótico; en «La princesa de Hungría 1802» se ejecuta a un famoso bandolero bonaerense; en «La galera 1803» el destino arregla sus cuentas con los sentimientos humanos más viles, castigando la maldad y la crueldad de una señora que asesinó a su hermana para quedarse con la herencia; finalmente, en «La casa cerrada 1807», un retirado soldado del Tercio de Galicia que defendió la ciudad de la segunda invasión inglesa de Buenos Aires en 1807 cuenta aquellos «acontecimientos que ahora, tantos años después, su osadía torna mitológicos»¹⁴.

¹³ Mujica Láinez, 1951, p. 113.

¹⁴ Mujica Láinez, 1951, p. 132.

Forjados estos valores, Buenos Aires puede albergar mitos y leyendas porque ya renegó de sus males y asentó firmes bases éticas y de conductas morales. Las nuevas normas de comportamiento son el coraje, el trabajo, la honestidad, la solidaridad y el empeño. La ciudad limpia se abre al mundo. Desde los albores de los tiempos, cuando mitos y leyendas regían la vida de los hombres, se soñaron ciudades utópicas a partir de las cuales se levantaron en algunos lugares de la realidad las urbes atemporales que conocemos hoy. Entre ellas, se ubica Nuestra Señora del Buen Ayre, recién incorporada a su seno. Helena Iriarte indica al respecto:

Es precisamente en las palabras y otros lenguajes escritos, en los cuales estos protagonistas buscan su permanencia en la historia no solo con la descripción formal de espacios urbanos y arquitectónicos sino con la representación de sus propias percepciones, de ahí el reconocimiento del significado de las ciudades como destino de personajes y realidad de lo imaginario¹⁵.

BUENOS AIRES CIUDAD MÍTICA: LAS LEYENDAS Y MITOS BONAERENSES

La primera y temprana leyenda imaginada por Manuel Mujica Láínez es que Cacambo, el acompañante del ingenuo Cándido, símbolo del pragmatismo y de la sabiduría popular, escribe una carta a su amo desde Buenos Aires, donde vive con una india. Es decir, que el narrador argentino, conocedor del famoso cuento de Voltaire, se aprovecha de la anécdota según la cual Cándido, su sirvienta y Cacambo escaparon de Lisboa para ir a Paraguay, para situar a Cacambo en Buenos Aires, y es más, la suerte del miserable criado, cambia totalmente cuando llega a la capital porteña en mayo de 1760. En ocho meses se casará y tendrá la oportunidad de convertirse en Rey de los Incas y en gobernador del Río de la Plata, es decir, los dos cargos más altos de la época para los indígenas y para los rioplatenses, respectivamente. Por tanto, para empezar con la ficcionalización de Buenos Aires, Mujica Láínez ubicó en ella un mito literario.

Otro cuento digno de mención para ilustrar el tema que nos ocupa es el intitulado «El pastor del río 1792». Mujica Láínez creó la leyenda hagiológica de que San Martín de Tours cumplió con su misión de devolverle a su querida ciudad su elemento emblemático, el Río de la

¹⁵ Iriarte, 2005, p. 24.

Plata, después de que una sequía sin precedentes hiciera desaparecer el río dejando sitio al barro.

En «La Adoración de los Reyes Magos», Cristóbal, un adolescente pequeño y sordomudo, limpia, en ese día sagrado del 6 de enero de 1822, las estatuas del templo. Su cuadro favorito es la «Adoración de los Reyes», pero ese día de reyes, no quiere observarlo, hasta que de repente escucha un ruido y asiste al milagro: el cuadro cobra vida. Ve que los Reyes Magos, los otros príncipes, hombres del pueblo y el propio Rubens van a adorar al niño Jesús. Asombrado por lo que está viendo cree que la maravillosa escena a la que ha asistido ha terminado hasta que la Madre lo invita, a él también, el que lleva a Cristo consigo según la etimología de su nombre, a adorar al Niño Jesús. Cristóbal escala la pared y con la ayuda de Rubens entra en el cuadro, besa los pies del Salvador, le ofrenda su plumerilla y vuelve de un salto a su apostadero del barandal, salto que media entre la realidad cotidiana y la de los milagros. Esta vez, con «La adoración de los Reyes Magos 1822», el escritor argentino idea una leyenda popular en la que por un milagro divino un niño porteño pasa a formar parte de un cuadro del maestro holandés Rubens.

Asimismo Mujica Láinez retomó, en «El ángel y el payador», la leyenda urbana del invencible payador¹⁶ porteño Santos Vega que acabó siendo derrotado por el diablo. Era el payador argentino más famoso del siglo XIX, un icono de la cultura popular argentina al que todos adulan y que todavía hoy goza de un inmenso respeto entre la población argentina. El narrador argentino vivificó ese mito que durante décadas contribuyó a la identidad porteña pero que se volvió, con el tiempo, obsoleto e inoperante.

El cuento «El tapir 1835», es la leyenda del payaso triste que mata a la mascota en la que se ve reflejado. El payaso hace el favor al animal de parar este constante viajar que acarrea una y otra vez lo mismo: la burla. En «El vagamundo» Mujica Láinez instituyó el mito del paso del judío errante (figura canónica de la mitología judeo-cristiana) por Buenos Aires:

Él era zapatero, en Jerusalén. Cuando el que arrastraba la cruz, se detuvo ante su puerta y se apoyó en ella un instante, para recobrar las fuerzas, él le dijo ásperamente:

¹⁶ Cantor popular que, acompañándose con una guitarra y generalmente en contrapunto con otro, improvisa sobre temas variados.

—Ve, sigue, sigue tu camino.

Y Jesús le respondió, escrutándole con los ojos húmedos:

—Yo descansaré, pero tú caminarás hasta que regrese a juzgar a los mortales¹⁷.

Para Mircea Eliade el mito

cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de «los comienzos» [...]. Los mitos revelan, pues, la actividad creadora y desvelan la sacralidad de sus obras. En suma los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado en el mundo¹⁸.

En «Un granadero», Manuel Mujica Láinez recogió otro mito presente de la cultura literaria argentina: la presencia de Marte como mensajero espiritual anunciador de la muerte del general San Martín. Este mito se debe a los poetas de la *Lira argentina*¹⁹ que cantaron según cita Mujica Láinez: «Marte mismo te observa y queda absorto [...] del terrible Marte ya el carro estrepitoso es conducido por el campo y las calles argentinas...»²⁰.

En «La escalinata de mármol 1852» la ciudad de Buenos Aires acoge a otro personaje mítico de gran resonancia a mediados del siglo XIX: el Delfín salvado, heredero de la familia real francesa:

Luis XVII no dice nada. Tira hacia él la cobija, como un manto, cierra los ojos azules y baja solo la escalinata que se interna en el parque espectral, el parque donde los lebreles del Delfín ladran a la luna de hielo y donde los monarcas temblorosos se cuentan sus desilusiones²¹.

¹⁷ Mujica Láinez, 1951, p. 271.

¹⁸ Eliade, 1991, p. 6.

¹⁹ *La Lira Argentina* editada en 1824 por Ramón Díaz es una recopilación de las expresiones poéticas suscitadas desde 1810 por la guerra contra el dominio español. Éste explicó que lo hizo «para redimir del olvido todos los rasgos del arte divino con que nuestros guerreros se animaban en los combates de la guerra, con que el entusiasmo y el amor a la patria explicaban sus transportes en la marcha que emprendimos hacia la Independencia», Weinberg, 2000, p. 264.

²⁰ Mujica Láinez, 1951, p. 277.

²¹ Mujica Láinez, 1951, p. 287.

Este cuento sobre un personaje que al morir se da cuenta de que él es hijo de María Antonieta es, según Manuel Mujica Láínez, «una cosa que se dijo en la época»²².

Terminemos como empezamos, con una leyenda literaria. Manuel Mujica rinde homenaje a Hilario Ascasubi, quien luchó por la libertad y la democracia en contra de Facundo Quiroga, escribiendo la continuación de su poema: «es decir, lo que sucede al día siguiente»²³. En este cuento, «Una aventura del pollo», Manucho versifica el segundo encuentro entre Mandinga, Fausto y Margarita que no ocurre en el poema de Hilario Ascasubi. Parte de ese punto imaginando, lo que Ascasubi olvidó, para escribirlo él mismo.

Resumiendo, Mujica Láínez excluyó, como indicó Eduardo Barraza Jara,

el caudal de leyendas y supersticiones aportadas por el conquistador como aquélla de la Ciudad de los Césares (XVII, «La ciudad encantada», 1709) en favor de sus propias fabulaciones entre las que destacan san Martín de Tours, el pastor del Río de la Plata (XXV, «El pastor del río», 1792), la patética leyenda del tapir (XXXVI, «El tapir», 1835) y la reescritura de la no menos universal alegoría del judío Errante (XXXVII, «El vagamundo», 1839)²⁴.

Por otra parte es manifiesta la voluntad de nuestro autor de demostrar la universalidad de su ciudad, pero al mismo tiempo, su singularidad, caracterizada por una historia, una tradición y mitos y leyendas únicos. Ahora bien, las ciudades también sirvieron de soporte a la emergencia del sentimiento de nacionalidad, como subrayó Pedro Mendiola: «Esta confluencia entre la representación espacial de la identidad simbolizada en la ciudad y la representación temporal que supone el discurso de la nacionalidad, define buena parte de la literatura urbana por una “tensión cultural” añadida a la elaboración textual»²⁵.

Llegados a este punto conviene cuestionarse: ¿por qué Buenos Aires se vuelve mítica con *Misteriosa Buenos Aires*? Porque la ciudad conjeturada del escritor argentino es más verdadera que la propia Buenos Aires; es la que permanecerá siempre, fijada en el tiempo y en el espacio, aunque hayan cambiado nombres de barrios y desaparecido algunas calles y

²² Mujica Láínez, 1976.

²³ Vásquez, 1983, p. 65.

²⁴ Barraza Jara, 1996, p. 52.

²⁵ Mendiola Oñate, Pedro, 2001, p. 17.

plazas a cambio de parqueaderos subterráneos o centros comerciales. En su seno late el corazón de las familias que fueron las protagonistas de la intrahistoria bonaerense y su alma recorre y habita a sus descendientes. El arte acorta distancias y es capaz, en un periodo limitado, de restituir lo que el tiempo destruye.

A partir de su imaginación y de los documentos a los que pudo tener acceso (crónicas de Indias, relatos de viajes y descubrimientos, crónicas periodísticas, libros de historia, etc.), Manuel Mujica Láinez escribió una especie de crónica novelada en la que pone especial esmero en eclipsar paulatinamente lo español y lo colonial para edificar, piedra a piedra, lo criollo, lo argentino. Según el escritor argentino, son tres los factores que participan en la constitución de la identidad argentina: la cultura tradicional; el paisaje y la construcción de valores. Estos tres factores —lo tradicional, lo geográfico y lo moral— son las bases de la tríada identitaria sobre la que Manuel Mujica Láinez asienta su idea de nación y de ciudadanía.

Lo mítico participa indudablemente de la identidad de una ciudad y sus habitantes, y por tanto, de una nación. Siendo así, el proyecto identitario del autor no podía sino agitar el estandarte de lo fabuloso porque, no nos equivoquemos, son estos valores los que permanecen e impiden la disolución inevitable que trabajosamente propicia el tiempo. Para la filósofa española María Zambrano

una ciudad sin escritores queda vaciada de su esencia de ciudad, y aparece como un complejo aglomerado, como algo que puede cambiarse, transmutarse o desaparecer sin que su vacío se note. Una ciudad sin escritor es un templo vacío, una plaza sin centro, o quizá con el centro desplazado y puesto al margen, esquinado, para dejar su lugar, todo el lugar, a algo cuyo nombre no está siquiera bien catalogado, algo para lo que, en realidad, no hay palabra²⁶.

Así, Buenos Aires no sólo es una ciudad fabulosa por los mitos que desencadenó o albergó sino también por la palabra y las letras que engendró y las recreó. Toda ciudad al hacerse literaria se convierte en una ciudad imaginaria. Las ciudades míticas no lo son por lo que crearon o desencadenaron sino por lo que crearán y desencadenarán en el futuro. Sólo el tiempo y los seres humanos confieren a alguien o algo la carac-

²⁶ Zambrano, 1985.

terística de mítico. *Misteriosa Buenos Aires* ya pasó por esas conjeturas. Sus treinta y cinco reediciones representan una evidencia incuestionable.

Helena Iriarte, en su artículo «Ciudades míticas y literarias», explicaba que:

Al leer a Borges o a Sábato encontramos a Buenos Aires a través de unos elementos que encierran el significado más profundo de la ciudad y que nos permiten reconocerla, imaginarla y cada lector se hace una idea un tanto diferente de ella, como cada persona cuando visita una ciudad, tiene su propia visión que tal vez no coincide con otras²⁷.

Al leer a Manuel Mujica Láinez encontramos estas referencias inequívocas, cierto es, pero además tenemos una visión sincrónica de la ciudad y de la historia de sus habitantes. En los mismos cuentos disfrutamos de la ciudad real y de la ciudad imaginada; de la ciudad material y de la ciudad espiritual; de la ciudad de carne y hueso y de la *Misteriosa Buenos Aires*.

BIBLIOGRAFÍA

- Barraza Jara, Eduardo, «Misteriosa Buenos Aires de Manuel Mujica Láinez: sobre la historia y la recepción y producción de la literatura en América», *Alpha: revista de artes, letras y filosofía*, 12, 1996, pp. 43-56.
- Choin, David, «Mito, memoria, tradición e identidad en Misteriosa Buenos Aires de Manuel Mujica Láinez», en *Metamorfosis en los espejos: identidad latinoamericana entre pasados y presentes*, ed. Anabel Gutiérrez, *Mitologías hoy*, 5, 2012, pp. 38-51.
- Eliade, Mircea, *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 1991.
- Grosso, Bruno, «Las políticas de la memoria» [en línea], *Socio-histórica*, 11-12, 2002, pp. 187-198, <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3067/pr.3067.pdf> [05/05/2015].
- Iriarte, Helena, «Ciudades míticas y literarias», *Revista de arquitectura*, 7, 2005, pp. 24-27.
- Mendiola Oñate, Pedro, *Buenos Aires entre dos calles. Breve panorama de la vanguardia poética argentina*, *Cuadernos de América sin nombre*, 4, Alicante, Universidad de Alicante, 2001.
- Mujica Láinez, Manuel, «Buenos Aires en el siglo xvii», en *Homenaje a Buenos Aires en el cuarto centenario de su fundación*, Buenos Aires, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1936, pp. 435-458.

²⁷ Iriarte, 2005, p. 25.

- Mujica Láinez, Manuel, *Misteriosa Buenos Aires*, Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
- Mujica Láinez, Manuel, *A Fondo*, entrevista emitida en Radio Televisión Española, 1976.
- Quattrocchi-Woisson, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1998.
- Silva, Armando, *Imaginarios urbanos: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos*, Bogotá, Convenio Andrés Bello y Universidad Nacional de Colombia, 2004.
- Vásquez, Esther María, *El mundo de Manuel Mujica Láinez. Conversaciones con María Esther Vásquez*, Buenos Aires, Belgrano, 1983.
- Weinberg, Félix, «Los intelectuales de la ciudad criolla», en *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos*, ed. José Luis Romero y Luis Alberto Romero, Buenos Aires, Altamira, 2000, pp. 261-284.
- Zambrano, María, «Del escribir», en *El País*, 16 de junio de 1985.

